

El descenso

Daniel G. Domínguez

Allí se encontraba Ángel al borde del abismo, un gran agujero en medio de una llanura gris. Su Señor le había asignado ir a la Tierra, el fin de todo había comenzado y solo una creación divina podía impedirlo.

Un viento huracanado emanaba desde el pozo. Gritos, lamentos, risas, susurros, preguntas, afirmaciones... miles de millones de voces salían confundiéndose entre ellas. Ángel miró a su alrededor, las montañas desnudas rodeaban la explanada donde estaba, algún árbol muerto salpicaba el paisaje con las ramas elevándose al cielo a modo de súplica. Desplegó sus alas, el plumaje negro brilló levemente, cada pluma se movía de forma violenta debido al viento. Su misión era la más importante jamás encomendada, cerró los ojos y alzó sus brazos, recordó la batalla entre el cielo y el infierno al comienzo de los tiempos, una nueva guerra se aproximaba.

Se impregnó de cada voz que venía por el portal desde el mundo terrenal y recordó una vez más las escrituras: «Cuando las almas no tengan cabida en el paraíso y estas caminen entre los hombres, el final habrá llegado. El Apocalipsis surgirá y la guerra entre ángeles vendrá en la tierra y la humanidad será condenada hasta el fin de toda existencia, hasta el fin de toda vida. Y entonces, las almas de los hombres serán llamadas todas al Paraíso...».

No podía fallar, el destino de toda una existencia dependía de él, debía conseguirlo, tenía que conseguirlo.

Abrió los ojos, bajó los brazos y desenvainó su espada. La observó con detenimiento, acarició la hoja recordando a cuantos hermanos pasó por ella en La Gran Batalla del Edén, a cuantos semejantes tuvo que matar para luchar por lo que creía. Al fin y al cabo, su enemigo no era tan diferente a él, también defendía una idea, una creencia. ¡Oh! Que ciegos estaban... Pero sin embargo no le culpaba, para él y para todos los que allí se encontraban sólo existía un culpable... No, no iba a permitir que el Apocalipsis llegase, llevaría de nuevo a las almas a donde pertenecían, costase lo que costase.

Guardó de nuevo la espada y con paso lento pero decidido se encaminó al borde del abismo. Se dejó caer mientras una sonrisa aparecía en su rostro, planeaba mientras la oscuridad comenzaba a llenarse de pequeños matices mientras descendía, las voces empezaban poco a poco a volverse más claras, distinguiendo algunas palabras. Una leve sensación de calor apareció, el frío de donde provenía iba desapareciendo poco a poco. Cerró

de nuevo los ojos, abandonándose a las sensaciones que llegaban desde el otro lado. Replegó sus alas, la velocidad de caída fue elevándose poco a poco.

En el portal la oscuridad cedió el paso a una luz azul nocturna, de la nada surgieron unas nubes que Ángel iba cruzando, su abrigo largo de color negro revoloteaba violentamente mientras caía a una velocidad vertiginosa. Las nubes desaparecieron de golpe dando paso a una ciudad, la iluminación de esta hizo que volviera a abrir los ojos, el espectáculo titilante de luces azules y anaranjadas, junto a las pequeñas rojas de las azoteas de los edificios, o las de los semáforos, vehículos, etc... ampliaron aún más su sonrisa, casi podía tocar el calor que le llegaba de toda la vida que aquel lugar albergaba, escuchaba las voces con claridad, a pesar de todas las que le llegaban.

El suelo estaba cada vez más cerca, podía ver perfectamente las calles, incluso vio algunos pequeños puntos que se movían aquí y allá por ellas, humanos, ignorantes de lo importante que era aquella noche para todos, ignorantes de su presencia. Cuando se encontraba a muy pocos metros de la azotea de un edificio abrió por completo sus alas, parando en seco la caída. La batió hasta posarse sobre él. Una sensación desconocida se apoderó de todo su ser, sus ojos de un azul brillante relucieron, sintió la urgencia de su objetivo.

—Es la hora. Tienes que moverte ya.

Despertó. El momento había llegado y aún se encontraba encerrado entre las cuatro paredes del psiquiátrico.

—¡Y el fin de todo pronto llegará! ¡Las almas que se escaparon deben de volver a su reino!
—gritó desde su cama.

—Joder, es Ángel ¡Jodido loco! ¡Estamos hasta los cojones de tus mierdas apocalípticas! Tío, paso de ese gilipollas. A Louis el otro día acabó partiéndole un brazo mientras lo sujetaba para que le inyectaran un calmante, siempre es lo mismo, dentro de unos minutos se callará y se quedará tranquilo. Además, las puertas están cerradas con llave y no me apetece ir a recepción a por ellas. Hoy no las he recogido... —dijo uno de los guardas de seguridad desde el salón contiguo donde descansaban los internados.

Ángel miró a su alrededor, al lado de su cama un cuerpo estaba tumbado en el suelo. Se levantó y le tomó el pulso. Aquel hombre estaba muerto. Nervioso volvió a recorrer con la vista la habitación, fue cuando cayó en un detalle que antes había pasado por alto. La puerta del dormitorio estaba abierta.

Se levantó deprisa, no iba a quedarse ni un segundo más allí, tenía que ir al edificio que había visto en sus sueños.

En silencio recorrió el pasillo, cruzó sin ningún problema el salón donde los guardas descansaban viendo alguna película, y fue hasta la salida lo más rápido que pudo sin hacer

ruido. Una vez llegó pudo ver que en la recepción no había nadie, en el silencio de la noche escuchó que la chica que allí normalmente se encontraba estaba en el baño contiguo gracias al sonido del agua correr. El grifo se cerró mientras Ángel abría la puerta de salida, era ahora o nunca. Corrió todo lo que pudo sin seguir una dirección concreta.

Una hora más tarde, sus pies descalzos y doloridos le llevaron a la parte trasera de un edificio alto y gris, la puerta de salida de emergencia estaba entreabierta, la felicidad le invadía por completo, aquel era el lugar al que había sido llamado. Subió los veinte pisos corriendo, cuando llegó al último casi sin aliento, abrió de golpe la puerta que daba a la azotea. En el borde de esta, un humo de color gris con forma humanoide le estaba esperando. Sin pensárselo dos veces fue hacia él.

Cuando llegó el humo envolvió su cuerpo, si alguien más hubiera estado allí presente, tan solo hubiera podido ver un pequeño remolino del tamaño de una persona moviéndose en el mismo lugar. Un golpe de viento surgió de él y el remolino se deshizo... Ángel estaba completo, el arma decisiva para evitarlo todo había sido forjada. El camión del psiquiátrico había desaparecido, en su lugar un abrigo se movía apacible con la brisa que soplaba en lo alto de aquel edificio, el pelo ondeaba al compás. Observó los pequeños rincones oscuros que había entre algunas calles, ¿se esconderían allí sus objetivos?

Decidió que más tarde se ocuparía de ello, ahora disfrutaba de todo cuanto le rodeaba, la unión con aquel mortal le hacía ver todo con ojos nuevos.

El principio del fin acababa de comenzar y él allí se encontraba, en el escenario principal donde todo se decidiría, en aquella Ciudad Oscura.